

Retrato del héroe sin guitarra

CUANDO Rosendo canta, con esa voz repleta de desgana y estropajo, es como si hablaran por su boca las mil lenguas de los barrios. Aguzas el oído y distingues, allá al fondo, un anillo de bronce en el que se engarzan las palabras. Es el decir de los suburbios: un habla «arrastrá», una articulación cansina recubierta con polvo de todas las acacias. Te fijas aún más y puedes oír, incluso, el «bil-bip» de los «pin-ball» y el «cotocloc» de los billares. Y luego, si imaginas, verás un paisaje de desmontes, de esquinas y de vallas. Rosendo es de allí donde parece que la ciudad acaba y la basca es legal o chungá dependiendo de cómo se lo haga. A unos les dio, ya ves, por tirar de palanqueta; a otros, a Rosendo, por buscarle las cosquillas al corazón de una guitarra. Y por dictar la lección que no se aprende saliendo a una pizarra: «Lo tienen decidido, debes ser otro eslabón y tú desde muy crío te saliste del renglón. Hiciste en los billares la primera comunión, eres un fugitivo, nada vale tu opinión.» Por eso no queda otro camino que moverse, no pararse a mirar, tirar «p' delante»: «Corre, corre, corre, que te van a echar el guante.»

Rosendo —ahí le tienen ustedes al lado de La Abuela, la abuela del «rock and roll», la inefable viejecita que atiende por Angeles— no gasta correaes ni tachuelas, no pertenece al clan de los que necesitan amartillar una dureza de tebeo a base de disfraces. Ni pisa el camarín, pasa de afeites y de rituales. Para decir lo que tiene que decir —que es bastante— le basta con abrir el grifo de su garganta fosca y con enchufar la clavija que amplifica «ad infinitum» el sonido esencial de su guitarra.

Cuando Rosendo sale a escena se encienden las farolas en las avenidas suburbanas. Un espasmo de cuerpos le saluda, se encarama hacia él una selva de brazos. Y él entonces, el héroe que cabaiga en un caballo ciego de miles de vatios, explica qué es lo que distingue a la gente de bien, a los mendas chachi: «Si aún cruza mucha gente la ciudad, si el tiempo no ha confundido tu energía, si tienes entre las cejas libertad, no te vayas a dormir que aún es de día.» El gran circo del «rock and roll» se niega, ya no es tal, sino una conversación entre amigos en una pequeña tasca. Y la noche se enciende y los colegas piden otra caña.

S. G.

